

regiones

suplemento de antropología...

número 29

martes 15 de mayo de 2007



Los revolucionarios
del pueblo de Jiutepec
José Luis Rodríguez de Gante

Las cenizas del zapatismo
Edgar Damián Rojano García

*Por eso seré zapatista
hasta el último día de mi vida...*
Plutarco Emilio García Jiménez

10 de abril de 1919:
continuidad y ruptura cultural
Víctor Hugo Sánchez Reséndiz

Y dicen que no murió...

* * *

Ilustraciones de Pablo Peña

No. 29

Familias, región y religión

Los revolucionarios del pueblo de Jiutepec

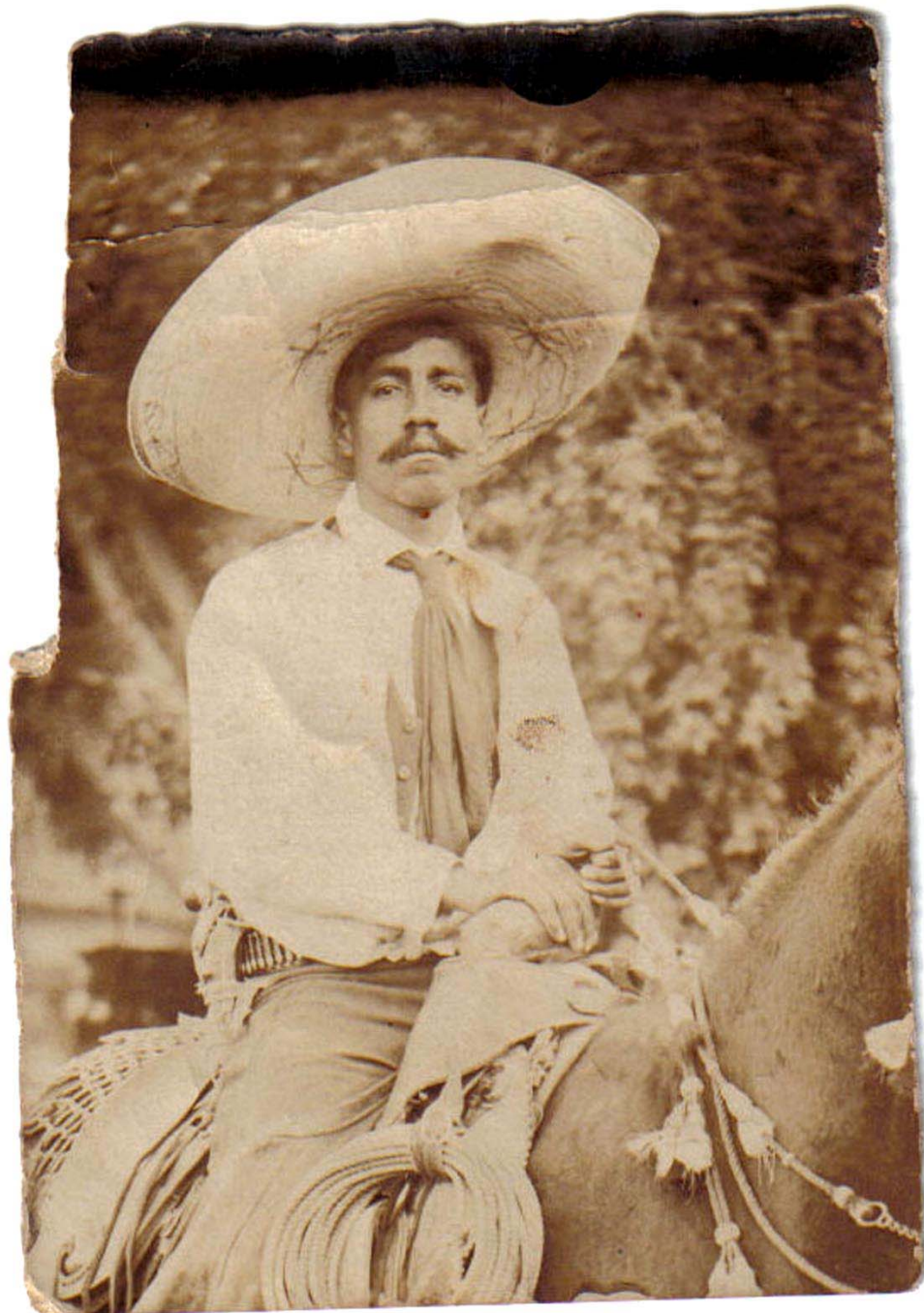
José Luis Rodríguez de Gante *

Gabriel Zapata no era un desconocido en el pueblo de Anenecuilco en la segunda mitad del siglo XIX. Le conocían muy bien los vecinos. Cuando su hijo, Emiliano, nació, éste traía consigo el respaldo familiar que da la tradición del liderazgo local. Por aquellos años, un individuo, por el simple hecho de haber nacido en buena cuna, tenía ya resuelta parte de su vida sin contratiempos económicos. Este tal vez no fue el caso de Emiliano Zapata; sin embargo, su historia tampoco es la del "héroe" aislado de las características de la época.

Las relaciones clientelares y matrimoniales en el siglo XIX permitían el acceso a la élite local y, en algunos casos, a la estatal y nacional. Era frecuente la herencia de prestigio familiar y era más fuerte la que se adquiría por la participación en la Iglesia local. Antes de las reformas de Juárez, en muchos pueblos, los mayordomos de una Cofradía eran más importantes que el presidente municipal. Era tanto el prestigio y poder político que se conseguía al organizar las fiestas del pueblo, que los vecinos no dudaban en permitir al mayordomo, por ejemplo, tomar las decisiones del futuro de las tierras comunales. [1] Algo parecido ocurría en Jiutepec en 1871. Manuel Evangelista, como mayordomo, recolectaba en todo el pueblo las limosnas del Señor de la Columna, y, un año después, era presidente municipal. Con el antecedente de que él y muchos familiares suyos se habían adueñado de la Cofradía más importante de este municipio. Que Manuel participara en esta corporación civil fue lo que le ayudó a tener prestigio y cierto poder local. [2]

Manuel Evangelista heredó su prestigio a su hijo Isidro, a quien le tocó estar al frente de la comunidad en 1916 como presidente municipal. De esta manera, Isidro y su apellido seguían como familia líder, acompañándose de otras, también representativas: es el caso de los Alanís, Pichardo y Carnalla, de la cabecera municipal. Para 1916, además de Isidro, participaban en la Revolución: Cliserio Alanís Tapia, Benito Pichardo Mena y Celestino Carnalla Maya. De ellos también sabemos que sus estirpes les habían heredado el prestigio local que les daba haber estado en las cofradías del pueblo. Todos estos apellidos los encontramos como cofrades en la iglesia de Santiago Apóstol.

Quizá el que tuvo más participación y quien inició en la guerrilla más tempranamente fue Cliserio Alanís; llegó a tener el grado de general brigadier. Se incorporó a la lucha armada en 1911 junto con Celestino Carnalla, bajo las órdenes de Modesto Rangel, vecino del pueblo de San Francisco Zacualpan, perteneciente al mismo municipio de Jiutepec. [3] Cliserio y Celestino —este último se incorpora en el mismo año— lucharon principalmente por su región. Conocían muy bien las montañas, por lo que fueron asignados a luchar en las inmediaciones de la Sierra Montenegro, teniendo el cuartel en Las Estacas, muy cercano al cuartel de Tlaltizapán. De esta manera, podían controlar la región atrincherándose en las montañas cuando fuera necesario. De hecho, actualmente todavía se conocen algunos lugares de las montañas con el nombre de Las Trincheras. Desde ahí mantenían el control de los pueblos vecinos, tanto del lado oriente como del poniente de la cordillera. La orografía del lugar sirvió para que controlaran la zona. Otro nicho ecológico que fue indispensable en las batallas fue El Texcal, lugar donde las cuevas resultaron ser refugios naturales para las emboscadas.



Cliserio y Celestino —este último se incorpora en el mismo año— lucharon principalmente por su región. Conocían muy bien las montañas, por lo que fueron asignados a luchar en las inmediaciones de la Sierra Montenegro, teniendo el cuartel en Las Estacas, muy cercano al cuartel de Tlaltizapán.

Coronel Celestino Carnalla Maya, de Jiutepec, fotografía de 1918, archivo de la familia Vázquez Maya.

Por su parte, Benito Pichardo Mena se incorporó en el año de 1912, para participar junto con el coronel Celestino Carnalla Maya, bajo las órdenes de Cliserio Alanís, todos pertenecientes a la División de Genovevo de la O. Benito llegó a ser coronel y participó en la misma zona que Cliserio y Celestino. De esta manera, vemos que la influencia territorial y familiar fueron factores que los líderes revolucionarios tomaron en cuenta para su incorporación al zapatismo, así como para defender lo que ellos conocían mejor, y que de hecho era su patrimonio familiar ancestral: las tierras de sus abuelos.

Los archivos familiares en este estudio nos demuestran las relaciones de amistad entre los revolucionarios, quienes regularmente eran personas de la misma región. Por ejemplo, la familia Pichardo conserva documentos de acreditación de Benito Pichardo, por parte del coronel Ceferino Ortega Mendoza, de

Temimilcingo, y de Santos Delgado Catalán, del municipio de Emiliano Zapata. [4] Luego entonces, simplemente hay que observar un mapa del estado de Morelos para darnos cuenta de que los participantes de Jiutepec en la lucha revolucionaria, eran todos de una zona bien definida: los pueblos del poniente de la Sierra Montenegro, que a su vez era el territorio del municipio de Jiutepec en aquellos años. En otras palabras, los que lucharon por Jiutepec eran de ahí mismo, conocían su terreno y a sus enemigos. Esta participación regional dio fuerza al zapatismo, tanto en la identidad del territorio como en el respaldo comunal. Lucharon por lo que les pertenecía a ellos desde tiempos lejanos; por lo que fue de sus abuelos y padres, y que ahora ellos debían dejar a sus hijos. La lucha era un sueño con antecedentes reales.



Notas

- [1] Rodríguez de Gante, J. L., *La familia Evangelista y su cofradía del pueblo de Jiutepec, 1793-1872*, mimeo, 2007.
[2] La familia Evangelista de Jiutepec ingresó a la Cofradía del Santísimo Sacramento y Tránsito desde los años treinta del siglo XIX, y terminó después de que llevó dicha Cofradía a la

- quiebra en los años sesenta; poco tiempo después sus miembros aparecen en cargos municipales.
[3] Es posible que los tres mencionados llevaran una amistad y que decidieran ingresar juntos a la lucha armada por ideales similares.
[4] Cabe recordar que lo que hoy es el municipio de Emiliano Zapata era parte de Jiutepec antes de 1932.

* Historiador, UAEM.

El camino del zapatismo tras la muerte del Caudillo del Sur

Las cenizas del zapatismo

Edgar Damián Rojano García *

El 10 de abril de 1919, el cuerpo del general Emiliano Zapata, líder de la Revolución en Morelos, cayó abatido por las balas de la traición en la Hacienda de Chinameca; instante trágico que parió al mito y a la vez detuvo la marcha de la historia, porque a partir de este momento, resultó ocioso preguntarse sobre la suerte de los zapatistas tras la desaparición de su líder, o más aún, cómo es que se incorporan al nuevo Estado posrevolucionario esos irredentos campesinos. Resultaba ocioso porque parecía evidente — tanto en la historiografía de la época como en el discurso político — su relevancia. A esta visión “triumfalista” se antepone las siguientes líneas que intentarán dar luz sobre el complejo y doloroso proceso de institucionalización de la Revolución zapatista.

La desaparición del caudillo de Anenecuilco tuvo un efecto devastador para la revolución suriana: prácticamente no combatían y su influencia política se había desvanecido. La elección del general Gildardo Magaña como sucesor de Zapata dio un momento de respiro, pero la aparente “armonía” entre las filas zapatistas se resquebrajó cuando éste ofreció su apoyo al presidente Venustiano Carranza ante una eventual invasión norteamericana al país. El general Genovevo de la O, antiguo jefe de Santa María Ahuacatlán, lo acusó de traidor; el hecho, grave en sí, no hizo más que dejar al descubierto las diferencias existentes al interior del movimiento.

El jefe De la O definía claramente el asunto: ellos, los “indios”, luchaban por los ideales del Plan de Ayala, tierras y aguas para los pueblos; en cambio, los “intelectuales”, aquellos que los habían engañado con palabras de “relumbrón” y “ficticias”, solamente utilizaban sus demandas para hacer política. [1] Sin el caudillo que apaciguaba los ánimos, el zapatismo se escindió irremediabilmente.

* Edgar Rojano es egresado de la carrera de Historia de la FFyL de la UNAM.

General brigadier Cliserio Alanís Tapia, combatiente revolucionario de Jiutepec, foto de 1912 aproximadamente, archivo de la familia Alanís Trujillo.



Esta historia de desencuentros tuvo un nuevo capítulo cuando, tras el triunfo del movimiento de Agua Prieta en mayo de 1920, se tuvo que nombrar al gobernador interino de Morelos. Magaña, apoyado por un importante número de jefes zapatistas, era el principal candidato, pero el general De la O se opuso argumentando que aquél no era hijo del estado; después de días de incertidumbre, el sucesor de Zapata declinó a su candidatura, recayendo el cargo en el doctor José G. Parres. El mismo general De la O se convirtió en el jefe de las operaciones militares en el estado.

Que los zapatistas dejaran las armas para convertirse en gobierno implicó que debían ceñirse a la nueva vida institucional que estaba surgiendo en el país; así, por ejemplo, sus demandas de tierras deberían apegarse a lo establecido por el artículo 27 constitucional referente a la tierra, los milicianos se incorporarían con todas las formalidades del caso al nuevo ejército federal y su participación política se regiría por las prácticas democráticas liberales.

Precisamente, el reparto agrario fue uno de los ejes sobre los que giró el licenciamiento del Ejército Libertador del Sur, pues muchos combatientes regresaron a sus pueblos con la promesa de que recibirían ejidos, y otros más — que formalmente quedaban “en disponibilidad” — fueron enviados a las colonias agrícolas militares. Sin embargo, para los zapatistas que decidieron seguir la carrera de las armas el proceso fue traumático, debido a los generales de “nuevo cuño” que se incrustaron en las filas sureñas, cuyo ejemplo más representativo fue el general Rafael Pimienta, quien estaba acusado de servir al régimen de Victoriano Huerta y de asesinar al vicepresidente Pino Suárez. Las quejas en contra del general Genovevo de la O no se hicieron esperar, pues muchos compañeros consideraban que solapaba a dichos personajes. [2]

Por su parte, el grupo de los “intelectuales” se lanzaba a la arena política. Comandados por Antonio Díaz Soto y Gama, estos hombres ciudadanos, profesionistas, letrados y versados en el arte de la política, se dieron a la tarea de fundar el Partido Nacional Agrarista (PNA), pues consideraban que la reconstrucción del país pasaba por el “terreno de la acción legal y política”. [3]

El PNA jugaría un papel fundamental en la institucionalización de la vida política — no sólo de Morelos sino del país — al fundar clubes, realizar campañas proselitistas y construir un entramado programático basado en el agrarismo; con esta postura clausuraba el uso de las armas como vía para alcanzar el poder. No obstante, los aportes de este grupo fueron más allá de las cuestiones formales, pues pusieron en marcha prácticas que con el tiempo caracterizarían al sistema político mexicano; por ejemplo, los vecinos de Miacatlán denunciaban las amenazas de las autoridades agrarias de que perderían sus ejidos si se negaban a votar por los candidatos del PNA. [4]

Precisamente, la arena política será el escenario donde los antiguos compañeros de causa finiquitarán sus diferencias. El general Genovevo de la O aspiraba a convertirse en gobernador constitucional de su “patria chica”, pero se vio en desventaja ante la acatada maquinaria del Nacional Agrarista. Para hacer frente a dicha situación, el jefe zapatista funda un partido, el Morelense del Trabajo, que si bien le brinda una plataforma de apoyo, no le resuelve su recelo y cautela ante las nuevas formas de hacer política. En medio de sus dudas decide deponer al gobernador Parres en diciembre de 1923, con la esperanza de que el presidente Álvaro Obregón lo apoye para alcanzar su sueño, sólo que el “gran elector” actúa en sentido inverso y decide enviarlo al exilio a Tlaxcala, al mismo tiempo que el Senado nombra a un agrarista para ocupar el gobierno interino del estado.

El “triumfo” de los agraristas será efímero porque no se percatan de que la lucha intestina acaba con la fuerza política del zapatismo. Es por ello que después de la salida del doctor Parres y del general De la O, ningún revolucionario volverá a ocupar los puestos de mando en Morelos, los cuales serán copados por aquellos que lucran con la política, los llamados “politicastros”. De esta manera, mientras el zapatismo en su vertiente agrarista se fue diluyendo en los entretelones del poder, la figura del general Emiliano Zapata siguió encabezando la resistencia desde Arabia, lugar al que se marchó con su compadre...



Notas

- [1] *Manifiesto a la Nación Mexicana*, diciembre de 1919, Archivo General de la Nación-Fondo Genovevo de la O, Caja 19, Exp. 19, Fol. 60.
- [2] *Carta del general Gabriel Mariaca a Adolfo de la Huerta*, 14 de enero de 1921, Archivo General de la Nación-Fondo Obregón Calles, 101-S-2.
- [3] *Convocatoria del Partido Nacional Agrarista*, 1° de junio de 1920.
- [4] *Vecinos de Miacatlán al general Francisco Urbalejo*, 29 de diciembre de 1924, Archivo General de la Nación-Fondo Secretaría General de Gobierno, Exp. E-2-51.

Testimonios sobre la muerte de Zapata

Por eso seré zapatista hasta el último día de mi vida...

Plutarco Emilio García Jiménez *

“Tengo la profunda pena de poner en el superior conocimiento de usted que hoy, como a la una y media de la tarde, fue asesinado el C. general en jefe Emiliano Zapata, por tropas del llamado coronel Jesús M. Guajardo, quien con toda premeditación, alevosía y ventaja, consumó la cobarde acción en San Juan Chinameca...”

Mayor Salvador Reyes Avilés

La tarde del 10 de abril de 1919, el general Gildardo Magaña recibió el parte oficial del mayor Salvador Reyes Avilés, con la dolorosa noticia de la muerte a traición del general Emiliano Zapata.

Al cumplirse 88 años de la muerte física del general Zapata, hay que recordar que el agrarismo y los principios universales de libertad, justicia y ley del zapatismo, no murieron con la masacre de Chinameca, ni con los intentos de sepultarlos para siempre de Calles, Alemán, López Portillo y Salinas de Gortari. Hoy el zapatismo está más vivo que nunca.

Más allá de los mitos y las falsificaciones que el carrancismo y los enemigos de la Revolución mexicana construyeron en torno a la figura de Zapata, nadie puede negar que el pensamiento y los ideales del hombre sacrificado en Chinameca han trascendido las fronteras nacionales, y que representa la expresión política y social más clara y contundente contra el capitalismo salvaje, es decir, el neoliberalismo.

Los neoliberales a ultranza que hoy nos gobiernan saben que no encontrarían consenso entre el pueblo mexicano si pretendieran minimizar o borrar la figura histórica y revolucionaria del general Zapata. Decretar el “fin de la historia”, como lo pretendió Vicente Fox, es la negación frívola e irresponsable de nuestras raíces, de nuestros valores culturales, de lo que llamamos Patria.

Por ello, es necesario valorar desde distintas visiones la figura de nuestros héroes, sus aportaciones y también sus errores y defectos. La sabiduría popular ha puesto en una balanza la actuación del general Zapata y esa percepción, más que la de los historiadores, nos permite apreciar, a varias décadas de la muerte del héroe, su dimensión histórica, política, social y ética.

El zapatismo es un legado histórico y parte sustancial de la memoria colectiva de los mexicanos. A diferencia de otros revolucionarios, Zapata no nos legó teoría, ni grandes escritos. Ciertamente, nos heredó la tierra y el Plan de Ayala, pero el legado más grande es su ejemplo, que entraña principios y valores, como la congruencia, la incorruptibilidad y el compromiso revolucionario con el pueblo.

Algunos testimonios en torno a la muerte del general Zapata muestran con mucho realismo cómo afectó al estado de ánimo de los soldados del Ejército Libertador del Sur la noticia de la muerte de su “jefe”. El coronel José R. Sánchez, quien fuera asistente del general Rafael Cal y Mayor en Chiapas, habla de cómo recibieron allá la noticia de la muerte del general Zapata:

“Ella (doña Cleotilde) fue la que nos trajo la mala noticia, lo recuerdo en Pozo Colorado, en la seca de 1919. Estábamos con el general [Cal y Mayor] en una reunión, bajo un gran palo de aguacate. La vimos llegar por un camino largo, largo, que bajaba del monte, triste venía como la más última y triste noticia que recibimos durante la rebeldía: la de la muerte y asesinato a traición de mi general Emiliano Zapata. Allí me lloramos mucho y la gente se nos desmoralizó de a tiro...”

El soldado Ángel García, de Cuautla, relataba que varios de sus más cercanos colaboradores le advertían en vísperas de su cita con Guajardo:

“— Mi general, no vaya usted, porque lo van a traicionar, lo van matar.

— No tengan cuidado, no pasa nada.

El general ya estaba fastidiado, ya que mucha gente ya no quería pelear..., ya todos se rendían, se desmayaban... Y casi, casi se entregó.”

Don Mauricio Ramírez Cerón, de Tilzapotla, afirmaba que:

“Cuando murió [el general Zapata], muchos que eran zapatistas se voltearon al carrancismo, por el pago que les daban cada 15 días; “el chivo”, le decían. Yo seguí zapatista y me tuve que ir. Me dijo un tío: “vete, porque acá andas peligrando”. De ahí nos desbalagamos todos. Yo me fui a Jojutla, a Alpuyecá y a Xochitepec. Así anduve... Por eso hoy, sentado en esta silla de ruedas, todavía respondo por el nombre de Zapata, porque quien defiende a los pobres que no se pueden defender, es un héroe.

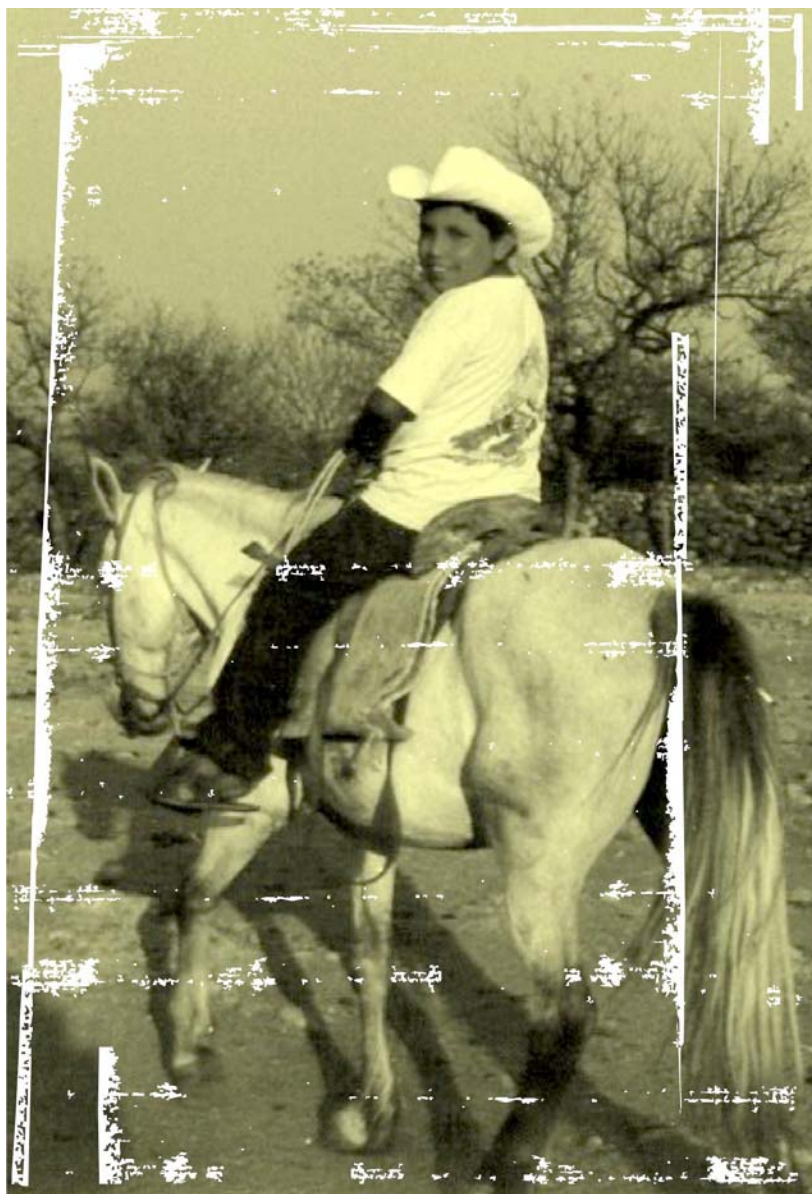
Me siento orgulloso de haber servido a un hombre como el general Zapata, el hombre más limpio de la Revolución. Por eso seré zapatista hasta el último día de mi vida...”

El 15 de abril de 1919, una vez sepultado el general Zapata, los generales que formaban parte de su Estado Mayor publicaron un bello manifiesto, *Al pueblo mexicano*, que en uno de sus párrafos decía:

“El general Zapata, al morir, nos ha dejado su herencia; una herencia de abnegación, de espíritu de sacrificio, de amor acendrado a la colectividad, de indiferencia ante el peligro, de fe firmísima ante las dificultades y los obstáculos, de constancia y valor indomable para la lucha, de alta nobleza y de supremo desdén para todo lo que sea interés personal, ambición o egoísmo...”

Los indígenas de todo el país saben ya a qué atenerse. Han comprendido al fin que sólo reconquistando la tierra arrebatada a sus mayores, podrán asegurar su porvenir como raza, su soberanía como hombres, su dignidad como ciudadanos.”

Con estos pensamientos podremos entender mejor por qué Zapata vive para los movimientos campesinos y populares, por qué Zapata cabalga cada vez que el pueblo lo evoca en su lucha permanente contra la injusticia y los malos gobiernos.



Por eso hoy, sentado en esta silla de ruedas, todavía respondo por el nombre de Zapata, porque quien defiende a los pobres que no se pueden defender, es un héroe.

* Emilio García es economista por la UNAM y dirigente de la Unión de Pueblos de Morelos y la CNPA. Ha participado en foros internacionales sobre la situación del campo. Tiene diversas publicaciones; la última es *Tierra Arrasada, una historia del zapatismo a partir de testimonios de veteranos que continuaron en la lucha social.*

Persistencia del zapatismo en tradiciones culturales divergentes

10 de abril de 1919: continuidad y ruptura cultural

Víctor Hugo Sánchez Reséndiz *

“después se oyó la odiosa y fúnebre descarga cayendo el invencible Zapata, ¡oh, qué dolor!”
Marciano Silva [1]

El 10 de abril de 1919, cerca de las dos de la tarde, [2] caía acribillado en el patio de la hacienda de Chinameca el general Emiliano Zapata. El cadáver de Emiliano, o quien se suponía era él, fue trasladado a Cuautla y fotografiado en los bajos del Palacio Municipal. Al día siguiente se hizo una filmación del entierro. Las fotos fueron reproducidas en todos los diarios que festejaban la caída del llamado por ellos “bandolero”.

Al mismo tiempo, en los cuarteles zapatistas la notificación del fatal suceso era difundida, a partir del relato que hizo su secretario particular, Reyes Ávila. Los mecanismos para elegir al sucesor al frente de las diezmadas fuerzas zapatistas se pondrían en marcha y después de largos meses se nombraría a Gildardo Magaña. Pero al mismo tiempo, entre el pueblo que volvía con hambre y enfermedad a las comunidades, o entre los que resistían en los campamentos de montaña, se empezó a difundir la idea de que Emiliano no había muerto. Tal y como escribió Greg Jiménez el 26 de mayo de 1919 desde el campamento de Alocaltepec, preguntando al general Genovevo de la O si era falsa la noticia de la muerte de Zapata:

“En virtud de las situaciones actuales tocante a la Revolución, le participo atentamente y de que consuela al hombre, y a todos nosotros, como que el Señor General Zapata ya se apronta con mucha gente comandando, ¿y no se había muerto ya? ¡Bendito sea Dios!, y que el Gral. Villa triunfando viene...” [3]

Esta carta es una expresión que tempranamente refleja la creencia de que Emiliano no murió, y es la continuación de una tradición cultural existente en la región, donde sincréticamente se amalgamaron durante siglos el cristianismo, diversas expresiones de mesianismo y la cosmovisión de las culturas indígenas con sus, llamados – por López-Austin – “hombres-dioses”. De esta forma, en la región existirán héroes culturales, con características de libertadores y que no mueren. Lo mismo el Tepoztécatl, que Antonio Pérez y Agustín Lorenzo.

Precisamente este último anunciará ante los ojos del pueblo la llegada de Emiliano Zapata:

“Llegará el tiempo que resucitará un nuevo héroe o un nuevo patriota del señor de los muertos y formará sus escuadrones.

Se remontará a los montes y bajará a los pueblos empuñando la espada y gritando con valor a todos los ciudadanos:

¡Que viva México y que mueran los tiranos!”
[4]

De esta forma, la creencia, ampliamente difundida, de que Zapata no murió, la podemos encontrar en una tradición que es parte de un complejo cultural (concepto de la tierra, del cuerpo, etcétera) que incluye la predestinación de Emiliano.

...la continuación de una tradición cultural existente en la región, donde sincréticamente se amalgamaron durante siglos el cristianismo, diversas expresiones de mesianismo y la cosmovisión de las culturas indígenas con sus, llamados – por López-Austin – hombres-dioses [...] en la región existirán héroes culturales, con características de libertadores y que no mueren. Lo mismo el Tepoztécatl, que Antonio Pérez y Agustín Lorenzo. Precisamente este último anunciará ante los ojos del pueblo la llegada de Emiliano Zapata...



Notas

[1] “Historia de la muerte del gran general Emiliano Zapata”, 1919, en H. de Giménez, C., *Así cantaban la revolución*, Ed. Grijalbo-Conaculta, 1990.

[2] Existen diversas versiones de la hora exacta de

los acontecimientos, pero el rango se encuentra entre la una y media y las dos y cuarto.

[3] AGN-AGO, caja 9, exp. 7, f. 11.

[4] El párrafo citado se encuentra en un verso, una “relación” de la *Loa a Agustín Lorenzo*, versión de Puente de Ixtla: 44.

sistema de comunicaciones, vía el automóvil y la radio; este último medio será un vehículo importante para sepultar a los corridos surianos.

Por otra parte, el régimen posrevolucionario, en su búsqueda de legitimar y hacer un proyecto unificador de la nación, intentará amalgamar en un solo discurso "revolucionario" a todas las corrientes que participaron y se enfrentaron en la larga década de 1910 a 1920. De esta forma, en el discurso oficial sobre la Revolución mexicana quedarán integrados lo mismo los anarquistas magonistas que el hacendado Francisco I. Madero, o los agraristas zapatistas y el acérrimo enemigo de Emiliano, Venustiano Carranza. Ello fue posible porque muchos de los antiguos seguidores de estas corrientes se encontraban integrados en las estructuras de poder del nuevo régimen. Así, poco a poco, el antes combatido Emiliano Zapata empezó a ser incorporado al panteón civil revolucionario. Destacando que su agrarismo fue supuestamente recogido en el artículo 27 de la Constitución de 1917 (lo cual no es cierto), y su color moreno y su mirada triste recogida por las cámaras fotográficas, Emiliano pudo ser representado como la imagen arquetípica del México indígena irredento (magníficamente pintado por Diego Rivera en el Palacio de Cortés).

Pero la incorporación al nuevo orden por parte de los ideales zapatistas y los personajes que militaron bajo las banderas del Plan de Ayala, sólo se dará de forma subordinada, ya que la modernidad capitalista impulsada por los regímenes posrevolucionarios, avasallará a los pueblos, los cuales desde su experiencia intentarán resistir. Un ejemplo de ello es la rebelión que estalla en diferentes puntos del estado de Morelos (Barreto en el oriente, Jaramillo en el sur, Roldán en San Rafael), levantamientos que se oponían a la conscripción que impulsó México ante la posibilidad de entrar a la contienda bélica de Europa y Asia en 1942. La conscripción era considerada una continuación de la "leva" porfirista. Pero los levantamientos armados serán también la expresión de la insatisfacción con el nuevo orden "revolucionario" y la continuación en la búsqueda de la autonomía de los pueblos de Morelos, como quedara expresado en los planes de Puxtla y de Cerro Prieto. Este rechazo a las formas modernas de dominación los realizarán Barreto y Jaramillo, apelando ambos a su herencia zapatista, aunque con diversas perspectivas (un discurso modernizador en Jaramillo y uno tradicionalista en Barreto).

Es precisamente durante este levantamiento cuando Zapata vuelve a aparecer, literalmente, siendo fiel a su pertenencia a la serie de héroes culturales regionales, pero vuelve para despedirse. Eso ocurrió en Yauhtepec, donde se levantó Prisciliano Castillo por las mismas causas que Jaramillo y Barreto. Esta revuelta se extendió hasta Amatlán, en Tepoztlán, y se incorporaron hombres de San Andrés de la Cal, entre otros, el viejo zapatista Ponciano Linares, que memoriaba y platicaba al entonces joven Malaquías Flores:

"Entonces él [Ponciano Linares] me platicó que vino Zapata a una conferencia allá, a la Cajigal, que vino, ya era un hombre grande, le dijeron:

—¿Qué hacemos, mi general, el gobierno está imponiendo sus leyes?

Y se quedó callado, y tantito y que le volvió a preguntar ese Prisciliano Castillo:

—¿Qué hacemos, mi general, nosotros andamos de nuevo alborotando la gallera?

Que va y lo acaricia

—Mira, Prisciliano, pues es muy bueno de que ahora se hiciera otra revolución, pero te voy a decir que ahora en estos tiempos ya no hay machos, ¡puras mulas!

Así le dijo. Don Ponciano Linares me dijo así, que así le dijo: que en este tiempo era muy difícil hacer una revolución, ya no había hombres, puras mulas." [5]

Relacionar la vieja historia de que "Zapata no murió" con la nueva insurrección en curso, fue un intento de dar continuidad a la tradición de los pueblos de Morelos, un intento, quizá el último, de que los héroes culturales, los hombres-dios, se hicieran presentes.

Tal vez sea sintomático de que la insurrección campesina tradicional ya no tenía futuro, que las posibilidades "del regreso", de repetir la experiencia, ya no eran viables. Y que la nuevas formas de organización marcaban los nuevos derroteros de la lucha social en Morelos: de obreros de ingenio que se consideraban como proletarios y de "ejidatarios", ya no pueblos.

Es en ese momento en que el jaramillismo adquiere relevancia como representante de esta modernidad alternativa, pero también es cuando la historia oficial se extiende y consolida, integrándose a los imaginarios populares, conviviendo con la tradición de ver a Zapata como héroe cultural. Sin embargo, esta tradición se va extinguiendo, debido a que el mundo simbólico que la sustenta desaparece. Junto con ella, los portadores del conocimiento se van muriendo y la tierra, la madre tierra, se vende a desarrollos inmobiliarios, sepultando una historia centenaria.



Soy zapatista del estado de Morelos

Marciano Silva

Soy zapatista del estado de Morelos porque proclamo el Plan de Ayala y de San Luis; si no le cumplen lo que al pueblo le ofrecieron, sobre las armas le hemos de hacer cumplir.

Para que adviertan que al pueblo nunca se engaña ni se le trata con enérgica crueldad; si semos hijos no entenados de la patria, los herederos de la paz y libertad.

Sublime general, patriota guerrillero, que peleó con gran lealtad por defender su patrio suelo.

Espero que ha de triunfar por gracia del Ser Supremo, para poder estar en paz en el estado de Morelos.

Notas

[5] Entrevista con Malaquías Flores, San Andrés de la Cal, 25 de enero del 2001.



es una publicación mensual electrónica, cuya finalidad principal es socializar el saber, editada por el Colectivo Antropólogos en Fuga y Compañía.

El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores.

Coordinación general
David Alonso Solís Coello,
Adriana Saldaña Ramírez,
Mariana González Focke,
Livia González Ángeles,
Pilar Angón Urquiza,
Josué Fragoso

Coordinación de este número
Pilar Angón Urquiza

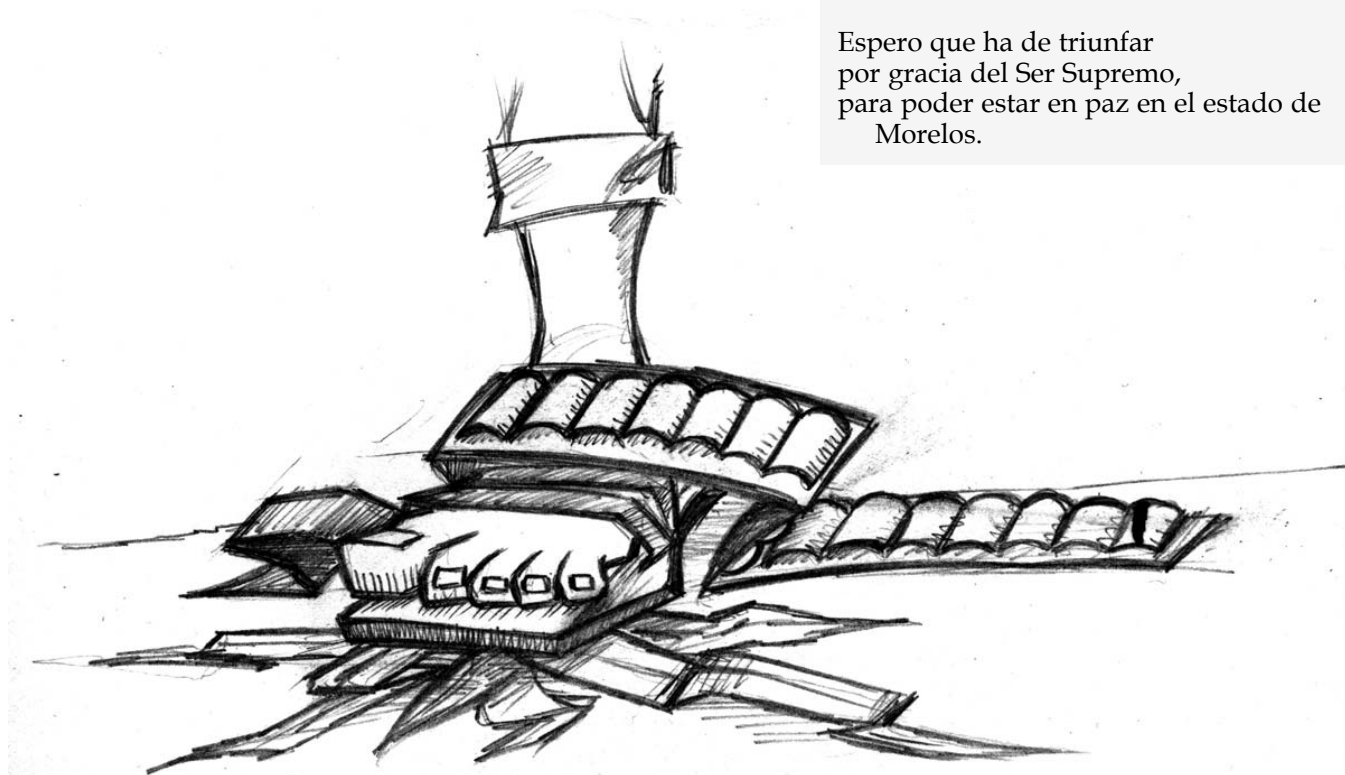
Edición, formación y corrección
Livia González / Gerardo Ochoa

Fotografías e ilustraciones en interiores
José Luis Rodríguez de Gante y Pablo Peña

Portada
Autor desconocido, archivo de José Luis Rodríguez de Gante

www.elregional.com.mx/suplementos/regiones.php

regiones@gmail.com | supleregiones@yahoo.com.mx



Y dicen que no murió...

"A don Emiliano no lo mataron, murió Lauro Capistrán, su compadre. Zapata tiene unos cuantos años que murió en Arabia. Me dice su hijo que si quiero ir a verlo, no está sepultado, está embalsamado."

Margarito Sánchez, de Jumiltepec [1]

•••

"Se cuenta que a Zapata le faltaba un dedo, el meñique, por eso el hombre que mataron y pusieron en exhibición no era Zapata. A la gente que decía que no era Zapata la mataban. Se dice que Zapata se fue a Arabia con uno de sus asistentes, que se llamó Simón Casís, que era un hombre más bien un poco bajo, delgado, era árabe. Y ese Simón Casís se lo llevó."

Mucha gente después lo volvió a ver, como le pasó a una señora que venía de los evangelios en Tlayacapan. Ella cuenta que era soldadera y que los zapatistas iban a Veracruz cuando vio al general Zapata, y le dijo: '¿Onde va mi general?'. Zapata iba pelón, sin bigote, sin barba, sin cabello, llevaba la cara pintada de tizne, iba con Simón Casís y llevaba mucho dinero, '...así que yo lo vi, anduve con él...', dijo la soldadera."

Fidel Alarcón, de Tlayacapan [2]

•••

"Y dijo Emiliano: 'Vamos a hacer la conferencia en San Juan Chinameca'. Allí estuvo dos horas. Fue a la hacienda de Chinameca; pero no entro él. Entró su compadre, Joaquín Cortés, de Tepoztlán, en lugar de Zapata, como era su caricatura de él, y le dio el caballo y todo. Se metió a la hacienda Joaquín Cortés y también Marcelino Rodríguez, igual de grande, de morenito... Al que mataron fue a Joaquín Cortés. Zapata se salió de allá —hubo harta balacera—, porque tenían gente por allá. Que se chispa y que se va... No supe dónde se fue; ya no volvió, se fue a la vida privada, hizo como el profeta Moisés. ¿Ustedes saben de esto?

Yo creo en un Dios divino que hay en la tierra, un Dios que nos domina... Somos católicos todos... Cuando Moisés sacó a sus hijos de Egipto, los dejó unos días y se fue para la Tierra Santa; se fue a la Tierra Prometida... Y después se salió de allí, los dejó por unos años, a recibir las Tablas de la Ley, y le decían: Moisés, vete a ver a tu pueblo, se ésta volteando. Dicen que hicieron unos becerritos de oro, porque las mujeres tenían harto oro... Yo digo que con Zapata así fue."

Don Agapito cuenta que años después un señor vio a Zapata de regreso, pero estaba muy cambiado, ya sin bigote y sin su traje de charro.

Agapito Pariente, de Tepalcingo [3]

•••

"En una ocasión, estando en una tienda (en Iguala), una persona discutía con el tendero (de aspecto extranjero, como español o árabe), quien argumentaba que gracias a Zapata en México se habían terminado los hacendados y los esclavos. El de Guerrero lo contradecía festejando que hubieran asesinado a Zapata porque era un bandido. El tendero replicó que Zapata no había muerto; entonces hicieron una apuesta: el tendero apostó su tienda y el otro su rancho, pero el guerrerense pregunto cómo iba a demostrar que no había muerto Zapata. El tendero se metió a sacar unas cartas, que luego mostró, para comprobar que él mantenía comunicación a través de correspondencia con el general Zapata. Mostró las cartas firmadas por este último."

Ladislao Ledesma, del Barrio de Santo Domingo en Tepoztlán [4]

Testimonios recopilados por
Víctor Hugo Sánchez Reséndiz

•••

"Mi papa llegó a ver a don Emiliano Zapata, que llegaba a comer con las señoras que preparaban la comida en aquel tiempo. Porque no cualquiera preparaba. Había personas señaladas, ustedes saben que a don Emiliano le decían el zorro porque era astuto. A sus gentes las dejaba por un lado y él andaba por otro para no caer en la trampa, pero se le durmió el gallo y cayó en la trampa."

Don Leopoldo Beltrán [5]

•••

"En Martín Gadea, nacido en Tetelcingo, aparece un poco más explícita la razón del desencuentro entre la historia y el sentir popular:

— (Riéndose) Dice el gobierno que murió en Chinameca (subrayado nuestro y de Don Martín con su risa). Ese de Chinameca fue su



compadre, parecido con su bigote y chino; así era la gente de Zapata. Su compadre le dijo: 'Mira compadre, dame tu traje, tu caballo, tu sombrero, tu rifle y pistola, yo me voy por ti, usted no va a ir. Si me matan, que me maten a mí, no a usted'.

Entonces Zapata le entregó el caballo, su rifle, su vestido, su sombrero y su gente. Llegando al pueblo de Chinameca, dice una señora:

¡Zapata, te vas a morir! Y llegando al portón, que lo meten y junto con la gente que llevaba, que los matan. Ahí quedaron todos muertos. Entonces Zapata tenía un compadre de otra nación y le dijo: '¡Compadre, vámonos, mira tu caballo!' El caballo llegó a donde estaba Zapata y le dice: 'le pegaron o no le pegaron, ahora sí te vas conmigo, ayer sí te hubieran matado'."

— Zapata después ¿para dónde se fue?

— Su compadre fue quien se lo llevó, no sé a cual nación, había guerra por allá. Cuando

Notas

- [1] Entrevista realizada por Víctor Hugo Sánchez Reséndiz en marzo de 1993.
- [2] Entrevista realizada en 1990 por Jesús Ramírez, publicada en "El Cuexcomate, suplemento de las culturas populares", Num. 17, *El Regional del Sur*, abril de 1991.
- [3] Entrevista realizada por Alicia Olivera de Bonfil, PHO-Z/1/29, publicada en Olivera de Bonfil, A., "¿Ha muerto Emiliano Zapata?" en *Boletín INAH*, Num 13, abril-junio, 1975, p. 46.
- [4] Recuerdo contado a Benito Peñaloza Rojas en "Relato sobre la muerte del General Emiliano Zapata Salazar", en Tostado, M. (comp.), *Tepoztlán. Nuestra historia*, INAH-Colección Obra Diversa, México, 1998, p. 131.
- [5] García Rodríguez, M. del R., Campos Valencia, A. A., Liévanos Ramos, M., *Totolapan. Raíces y testimonios*, CONACULTA-FONCA-UAEM-Ayuntamiento de Totolapan, Cuernavaca, 2000, p. 123.
- [6] Entrevista realizada por Alfredo Paulo Maya y Tirso Clemente.

llegaron a ese pueblo dicen que gritaban: ¡Ya viene Zapata! Ahí iba la gente con la música y banderas.

La gente se preguntaba: ¿Que Emilio Zapata se murió?

Y les contestaban: No, el que murió fue su compadre." [6]

•••

Esa continuidad histórica, esa necesidad de no aceptar la muerte, de trascenderla, aparece claramente explicitada en dos trovadores que rondan los 60 años, Cristino Vargas, de Santo Domingo Ocotitlán, y Malaquías Flores, de San Andrés de la Cal, ambos pueblos en el municipio de Tepoztlán:

"Malaquías Flores: Pero en sí, Zapata no murió... Para todos los que les estorbaba, creen que murió. Pero [no] para nosotros que siempre hemos creído en él..."

Cristino Vargas: Lo recordamos.

Ese de Chinameca fue su compadre, parecido con su bigote y chino; así era la gente de Zapata. Su compadre le dijo: "Mira compadre, dame tu traje, tu caballo, tu sombrero, tu rifle y pistola, yo me voy por ti, usted no va a ir. Si me matan, que me maten a mí, no a usted".

Malaquías Flores: Entre los campesinos que sufrimos las consecuencias de la represión del gobierno que sólo sirve al poderoso creemos que el general Zapata con sus ideales sigue vigente para la gente pobre pero no para los burgueses.

Zapata está vigente para los hombres débiles, los hombres que poco o mucho seguimos labrando la tierra. Creemos que sus ideales se cantan, se llevan a un mitin o a veces el mismo gobierno los pronuncia aunque sea de burla, aunque sea para taparle el ojo al macho.

Lo que pensó y dijo Zapata para nosotros sigue vigente, sigue en la lucha, sigue en la vida, sigue...

Cristino Vargas: Existiendo...

Malaquías Flores: Sigue existiendo, exacto."

